

La Sagrada Familia

Eclesiástico 3, 2-6. 12-14; Colosenses 3, 12-21; Lucas 2, 22-40

«*El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él*»

30 Diciembre 2012 P. Carlos Padilla Esteban

«*Siempre permaneceremos esclavos y agobiados por no ser capaces de perdonar de corazón, con humildad, venciendo nuestro orgullo herido*»

El otro día recordaba una enseñanza de una madre cuya hija pequeña estaba enferma: «*Hay que añadir vida a los días, cuando ya no se pueden añadir días a la vida*»¹. Ese deseo valía para su hija, que se iba apagando lentamente por culpa de una cruel enfermedad. Pero vale igualmente para todos nosotros que deseamos, en el fondo del alma, vivir eternamente. Pero el tiempo se nos escapa de las manos y no somos capaces de añadir un solo día a nuestra vida. Eso sí, de nosotros depende que nuestros días tengan más vida. Una vida plena y llena de esperanza. Una vida de paz y alegría. Depende de nuestra forma de mirar la realidad, de nuestra manera de hacer las cosas. Sólo tenemos que dejarle un sitio a Dios en nuestro pensar y sentir, como nos dice Benedicto XVI esta Navidad: «*No hay sitio para Él. Tampoco hay lugar para él en nuestros sentimientos y deseos. Nosotros nos queremos a nosotros mismos, queremos las cosas tangibles, la felicidad que se pueda experimentar, el éxito de nuestros proyectos personales y de nuestras intenciones. Estamos completamente 'llenos' de nosotros mismos, de modo que ya no queda espacio alguno para Dios. Y, por eso, tampoco queda espacio para los otros, para los niños, los pobres, los extranjeros*». Cuando no dejamos tiempo para Dios en nuestra vida, acaban sobrando también los que nos incordian, los que molestan, los que no son bienvenidos en nuestra vida agitada y algo enferma. Al ir corriendo de un lado a otro, también en estas fechas navideñas, de fiesta en fiesta, comprando regalos, perdiendo el tiempo libre, sin invertirlo en Aquel que viene a hacerse carne en nuestra realidad. Sí, en esta Navidad queremos añadirle vida a nuestros días. Una vida más alegre y confiada, con más sonrisas y esperanza, con más tiempo para entregar a aquellos que Dios pone en nuestro camino. Vida a nuestros días, para que no se nos escapen sin aprovecharlos, **vida para compartir con los que más queremos, vida que dé esperanza al hombre.**

En este domingo pedimos, al recordar a la Sagrada Familia, por todas las familias. Rezamos especialmente por las familias que viven con más dificultad esta crisis económica, por aquellas que sufren la enfermedad y necesitan siempre nuestro apoyo, por aquellas que han perdido algún ser querido, por esas familias divididas en las que no reina la paz porque hay mucho odio y rencor acumulado. Pedimos por la fidelidad y el amor matrimonial, para que cada vez haya más matrimonios santos que vivan la rutina de la vida de una forma extraordinaria y aspiren a una entrega radical y sin límites. Pedimos por nuestra propia familia. Porque muchas veces nos gustaría que fuera diferente. A lo mejor no nos gustan nuestros padres, o nuestros hermanos, o no soportamos los mismos defectos de siempre de nuestro cónyuge. Nos rebelamos contra esa situación económica que no mejora y no aceptamos la situación laboral que no responde a nuestras expectativas. No nos gustan las relaciones creadas, las formas comunes de relacionarnos, y nos molesta vivir la vida que no queremos vivir. **¿Cómo se puede cambiar la familia en la que vivimos? ¿Cómo cambiar una realidad que nos viene dada, impuesta por la vida?**

¹ Anne-Dauphine Julliand, “Llenaré tus días de vida”, 57

Hay muchas cosas que no podemos cambiar y sólo podemos aceptarlas. Hay relaciones que a lo mejor no van a cambiar nunca, por mucho que lo intentemos. Sin embargo, siempre podemos dar más en lo que nos toca a nosotros. A veces nos guardamos y dejamos que otros den porque sentimos que siempre damos nosotros. Queremos que el reparto sea equitativo y apelamos a una justicia muy humana. Nos cerramos en nuestro orgullo y amor propio sintiéndonos siempre ofendidos, incapaces de reconocer y aceptar nuestra parte de culpa. ¡Hay tantas cosas que pueden cambiar en nosotros! ¡Cuánto rencor que no nos deja olvidar la ofensa! ¡Qué difícil perdonar cuando ha pasado el tiempo y la herida es más profunda y está abierta en lo más hondo del corazón! Sin embargo, cuando no hay perdón tampoco hay liberación del alma. Siempre permaneceremos esclavos y agobiados por no ser capaces de perdonar de corazón, con humildad, venciendo nuestro orgullo herido. Es verdad que parece fácil decirlo y proponerlo como un deseo del corazón. Pero luego no es tan fácil, porque el perdón es un don que Dios nos concede. No parte de nuestra fuerza de voluntad. Es una gracia que se nos regala. En estas cenas familiares de estos días navideños nos confrontamos de nuevo con ese pecado tan limitante. Vuelven a salir esas heridas que nos recuerdan quiénes somos, y nos confrontan con nuestra historia. En la familia los puestos y lugares parecen asignados desde la eternidad. Es como si no existiera el derecho a crecer o a mejorar. **Encasillamos y somos encasillados. No rompemos los moldes en los que nosotros mismos nos hemos situado o hemos colocado a otros.**

En este domingo, como cada Navidad, volvemos la mirada sobre nuestra familia y nos preguntamos cómo estamos viviendo. Escuchamos hoy: «*Dios hace al padre más respetable que a los hijos y afirma la autoridad de la madre sobre su prole. La limosna del padre no se olvidará, será tenida en cuenta para pagar tus pecados*». Eclesiástico 3, 2-6. 12-14. Miramos cómo estamos viviendo nuestra vida familiar y soñamos con hacer vida en nosotros estas palabras y las palabras del salmo: «*Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos. Comerás del fruto de tu trabajo, serás dichoso, te irá bien. Tu mujer, como parra fecunda, en medio de tu casa; tus hijos, como renuevos de olivo, alrededor de tu mesa. Ésta es la bendición del hombre que teme al Señor. Que el Señor te bendiga desde Sión, que veas la prosperidad de Jerusalén todos los días de tu vida*». Sal 127, 1-2. 3. 4-5. Es la imagen ideal de una familia que soñamos. Hoy por eso ponemos nuestra mirada en el ideal que representa la familia de Nazareth. Queremos crecer. Sabemos que muchas cosas pueden mejorar y no nos gusta conformarnos con lo que tenemos, sin avanzar, sin posibilidad de mejora. **Deseamos vivir más santamente en cada momento de nuestra vida. Queremos dar más de lo que damos y sembrar paz cada día.**

Miramos a José y a María cumpliendo la ley de sus Padres: «*Cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos, según la Ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarle al Señor, como está escrito en la Ley del Señor: todo varón primogénito será consagrado al Señor y para ofrecer en sacrificio un par de tórtolas o dos pichones, conforme a lo que se dice en la Ley del Señor*». José y María mantienen la tradición que han recibido. Comenta Benedicto XVI: «*En el cuadragésimo día hay tres acontecimientos: la purificación de María, el rescate del hijo primogénito Jesús mediante un sacrificio prescrito por la Ley y la presentación de Jesús en el templo*»². La Ley judía prescribe que durante cuarenta días después del nacimiento de un varón la madre es impura. Espera este tiempo y ofrece entonces un sacrificio de purificación. María ofreció el sacrificio de los pobres. Ella no necesitaba ninguna purificación, porque era Inmaculada, sin embargo, obedece la Ley. También nos sorprende entonces que Jesús, que no tenía pecado, pase por el bautismo de Juan. La obediencia es norma en el corazón de María y en el de Jesús. La obediencia a lo que Dios les pide. Lo segundo que acontece es el rescate del primogénito que según la Ley tenía que ser consagrado al Señor. Pero lo que sucede es que, en lugar de rescatado, Jesús es presentado en el Templo. Ha sido asignado a Dios como propiedad suya. Es de Dios, a Él le pertenece por entero. Es el ofrecimiento público de Jesús a su Padre. **La entrega total del Hijo nacido de María.**

² Benedicto XVI, “La infancia de Jesús”, 87

Cuando obedecen lo que prescribe la Ley reciben una doble revelación totalmente inesperada. Simeón y Ana son los representantes del pueblo de Israel que sí creen en el Mesías y logran verlo con sus ojos: «*Y he aquí que había en Jerusalén un hombre llamado Simeón; este hombre era justo y piadoso, y esperaba la consolación de Israel; y estaba en él el Espíritu Santo. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor. Movido por el Espíritu, vino al Templo; y cuando los padres introdujeron al niño Jesús, para cumplir lo que la Ley prescribía sobre él, le tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: - Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz; porque mis ojos han visto tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos. Su padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de él. Simeón les bendijo. Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad avanzada; no se apartaba del Templo, sirviendo a Dios noche y día en ayunos y oraciones. Como se presentase en aquella misma hora, alababa a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén. Así que cumplieron todas las cosas según la Ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret».* Lucas 2, 22-40. La doble profecía sobre Jesús hace que mediten en su corazón palabras poco comprensibles. Tanto Simeón como Ana viven en presencia del Señor. Están llenos del Espíritu Santo. Ambos esperan y aguardan. Son signo de esperanza y ellos mismos aguardan con el corazón atento y despierto. Su espíritu de espera nos motiva a esperar y confiar en la llegada de Dios a nuestras vidas. También nosotros, como ellos, estamos llamados a velar en el Santuario, junto a Dios, deseando ver con nuestros ojos al Mesías, a Cristo hecho carne. Como Simeón quisieramos entonar su canto de alabanza por haber visto al Salvador. Por eso imploramos el Espíritu para que penetre nuestra vida, para poder esperar con un corazón expectante que cree en las promesas. **Esperamos, anhelantes, besar a Dios hecho carne.**

Las palabras de Simeón resuenan en nuestros corazones. Cristo es la salvación: «*Luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo, Israel. Éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como un signo de contradicción. ¡Y a ti una espada te traspasará el alma! A fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones*». Cristo es presentado como luz que ilumina a todo hombre y como signo de contradicción. Ante Él tiene que optar el corazón del hombre y elegir su luz o la oscuridad. Cristo ilumina y muestra un camino a seguir, pero lo hará desde el dolor y oscuridad de la cruz. Su presencia obliga a optar entre un camino u otro. El amor puede ser rechazado, cuando ese amor nos exige dejar nuestra comodidad, como recuerda Benedicto XVI: «*Dios es amor, pero también se puede odiar el amor cuando éste exige salir de uno mismo para ir más allá. El amor no es una romántica sensación de bienestar. Redención no es un baño de autocomplacencia, sino una liberación del estar oprimidos en el propio yo. Esta liberación tiene el precio del sufrimiento en la cruz*»³. Por eso puede ser rechazado Aquel que pasó haciendo el bien. Por eso, por esa cruz que en Cristo se hace vida, puede convivir la salvación con el dolor. La profecía dirigida a María sólo es comprendida desde el sufrimiento de la cruz. Una espada atravesará el corazón de María. María sufre al pie de la cruz y sufre ahora al presentir tanto dolor. **Pero en estos momentos, ante el profeta, sólo puede guardar en su corazón todo lo que escucha.**

Los padres son educadores y no deben olvidar nunca su misión. José y María no lo olvidan. Los miramos a ellos en Nazareth: «*El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él*». Miramos a esos padres educando en sabiduría al Hijo de Dios. Decía Benedicto XVI al hablar de la fecundidad del amor matrimonial: «*Es fecundo también en la procreación, generosa y responsable, de los hijos, en el cuidado esmerado de ellos y en la educación metódica y sabia. Es fecundo, en fin, para la sociedad, porque la vida familiar es la primera e insustituible escuela de virtudes sociales*». Los padres de familia estás llamados a educar a vuestros hijos desde el amor y el respeto, como nos lo recuerda el P. Kentenich: «*El respeto y el amor son el secreto del educador. Debe situarse frente al educando con respeto y*

³ Benedicto XVI, “La infancia de Jesús”, 92

amor, entonces también despertará respeto y amor»⁴. Es la maravillosa tarea de todo educador. No es fácil mantener el respeto. Fácilmente invadimos ese espacio sagrado de nuestros hijos. Pretendemos tener derechos sobre sus vidas y vamos más allá de lo que podemos tratando de imponer nuestros gustos y deseos, sin respetar su originalidad. No nos gustan los procesos y quisiéramos ver el resultado final, acabado y perfecto. Benedicto XVI nos anima: «*Cuidad a vuestros hijos y, en un mundo dominado por la técnica, transmitidles, con serenidad y confianza, razones para vivir, la fuerza de la fe, planteándoles metas altas y sosteniéndolos en las debilidades*». Una educación para el amor y la esperanza. Con altos ideales que les permitan aspirar a lo más grande en sus vidas. No siempre va a ser fácil esa labor y tenemos que contar con un posible fracaso. No por ello quedamos liberados de la obligación de ser fieles en nuestra entrega como educadores. No olvidamos nuestra principal obligación, **que todo surja del amor personal y cálido a nuestros hijos.**

Estamos llamados a crecer como padres, según el modelo de S. José. En la educación de nuestros hijos queremos ser padres firmes, pacientes, alegres y auténticos. Coherentes en todo lo que decimos. Muchas veces exigimos lo que nosotros mismos no hacemos y ponemos cargas sobre otros sin estar dispuestos a llevarlas. Los padres dan seguridad en la familia. Son una roca firme sobre la que pueden llegar las olas de la vida. Son necesarios los padres presentes, conscientes de su responsabilidad con su familia. Padres capaces de perder el tiempo con sus hijos y saber que la vida se construye en la entrega diaria. Padres que permanecen al lado de los suyos, siempre presentes. Padres que saben mostrar las altas cumbres y dejan volar a sus hijos. Padres que dan confianza y seguridad a los que les han sido confiado y reflejan ante ellos el rostro misericordioso de Dios. Padres que tienen como modelo a San José, la figura del hombre justo. El Papa resalta en él dos rasgos: «*Su finura para percibir lo divino y su capacidad de discernimiento*»⁵. Miramos a José para pedir esos dos rasgos esenciales. Finura de alma, para entrar en diálogo con el Señor. Una sensibilidad especial para estar con Él, en intimidad. Y al mismo tiempo, la capacidad para discernir lo que Dios pide. José aparece como un hombre de consejos, un hombre sabio que sabe buscar el querer de Dios y sabe qué tiene que hacer en cada momento. Es lo que esperamos siempre de un padre de familia. Que sea un hombre de Dios para llevar a la familia a él confiada por los caminos de Dios. José es un hombre justo. Lo describe así el Papa haciendo referencia al salmo 1: «*Es como un árbol que, plantado junto a los cauces del agua, da siempre fruto. La voluntad de Dios no es para él una ley impuesta desde fuera sino "gozo"*»⁶. Un hombre anclado en Dios que comprende que hacer la voluntad de Dios es el camino de la felicidad. En realidad hacen falta hombres así. Hombres fieles, profundamente anclados en Dios, sabios, prudentes y justos. Hombres que no buscan el primer lugar, ni se dejan llevar por la vanidad o el orgullo. Hombres dóciles a Dios y capaces de amar con ternura. Hombres firmes y estables que no se dejan llevar por sus pasiones y saben renunciar, aceptando en su vida el sacrificio. **Hombres generosos que buscan el querer de su familia antes que el suyo propio y saben conducirla poniendo su vida como prenda.**

Queremos, al mismo tiempo, crecer como madres. Miramos a María como modelo de la Sagrada Familia. Como Ella pedimos por todas las madres, para que puedan ser un seguro para la vida familiar. Que destaque por su alegría, por su espíritu de servicio, por su sensibilidad para amar de forma concreta en la vida de cada día. Madres abnegadas y fieles, alegres y sensibles. Miramos a María. Así habla de Ella Benedicto XVI: «*María se muestra como una mujer valerosa. Una mujer de gran interioridad que une el corazón y la razón. Reflexiona sobre la Palabra de Dios, trata de comprenderla en su totalidad y guarda el don en su memoria. María se convierte en Madre por su sí. María había concebido por el oído, es decir,*

⁴ J. Kentenich, “Jornada pedagógica 1951”

⁵ Benedicto XVI, “La infancia de Jesús”, 47

⁶ Benedicto XVI, “La infancia de Jesús”, 46

*mediante la escucha*⁷. María escucha y guarda en silencio la Palabra de Dios. María responde con su vida, con humildad y sencillez, con pocas palabras, con su espíritu de generosidad y entrega. María es figura de la Iglesia siempre en camino, peregrina. María es modelo de todas las madres. Siempre preocupada porque nos falta vino, porque necesitamos su ayuda. María siempre está presente y atenta. No se busca, sino que es buscada por Dios y por los hombres. Así quisieran ser todas las madres. Ponen su mirada en María para respirar como Ella y caminar con sus pasos. Su silencio habla de diálogo profundo con Dios. Pedimos por todas las madres. Para que siempre puedan cuidar de aquellos que Dios les confía. Y sepan escuchar y guardar todo en su corazón. Respetando ese diálogo filial con Dios. Un corazón atento a las necesidades de sus hijos y esposo. **Un corazón sensible y misericordioso, que busca llevar el consuelo a los corazones afligidos.**

Hecha esta reflexión sobre la paternidad y maternidad que anhelamos, tenemos que confesar que muchas veces faltan padres a los que obedecer y seguir y madres que puedan unir y dar calor. Faltan referencias sólidas que nos muestren el camino. Decía el P. Kentenich algo muy cierto: «*La infancia espiritual, en tanto predisposición natural del ser humano, necesita un “tú” para desplegarse, un tú paternal o maternal. He aquí el gran clamor de la humanidad actual, clamor que surge de la tremenda escasez de padres y madres*⁸». Por eso nos cuesta llegar a ser hijos dóciles y fieles. No es fácil obedecer y ser fieles a aquellos a los que no admiramos y nos cuesta seguir. Hoy escuchábamos: «*El que honra a su padre expía sus pecados, el que respeta a su madre acumula tesoros; el que honra a su padre se alegrará de sus hijos y, cuando rece, será escuchado; el que respeta a su padre tendrá larga vida, al que honra a su madre el Señor lo escucha. Hijo mío, sé constante en honrar a tu padre, no lo abandones mientras vivas; aunque chochee, ten indulgencia, no lo abochornes mientras vivas*». Es fácil honrar a nuestros padres cuando los admiramos siendo niños y creemos en su omnipotencia. Pero muchas veces, cuando pasa el tiempo y ya no estamos de acuerdo con ellos, o cuando la vejez los debilita y nos resulta difícil tolerar su debilidad, nos puede costar ser buenos hijos. Y es fundamental que aprendamos en familia a ser hijos dóciles y abiertos. ¿Cómo estamos cuidando nuestra relación con nuestros padres? ¿Los respetamos y amamos profundamente? ¿Nos dejamos tiempo para estar con ellos y escucharlos? Decía Benedicto XVI: «*Hijos, procurad mantener una relación de afecto profundo y de cuidado diligente hacia vuestros padres, y que las relaciones entre hermanos y hermanas sean una oportunidad para crecer en el amor*». **Es la familia ideal que vuelve a brillar ante nuestros ojos.**

Pero hoy también nos preguntamos cómo se encuentra nuestro amor matrimonial, base de la familia. Miramos el amor que se tenían José y María. Miramos el respeto y la alegría que reflejaban en su vida. La delicadeza y la ternura, la sencillez y la sana disponibilidad para seguir el querer de Dios. La lectura de San Pablo nos invita a preguntarnos sobre la calidad del amor: «*Como elegidos de Dios, santos y amados, vestíos de la misericordia entrañable, bondad, humildad, dulzura, comprensión. Sobrelevaos mutuamente y perdonaos, cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo. Y por encima de todo esto, el amor, que es el ceñidor de la unidad consumada. Que la paz de Cristo actúe de árbitro en vuestro corazón; a ella habéis sido convocados, en un solo cuerpo. Y sed agradecidos. La palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza; enseñaos unos a otros con toda sabiduría; corregíos mutuamente. Cantad a Dios, dadle gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados. Y, todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre del Señor Jesúis, dando gracias a Dios Padre por medio de él*». Colosenses 3, 12-21. San Pablo nos invita a la comprensión, a la dulzura, al perdón, a la paz y al agradecimiento. Quiere que nos corrijamos con sabiduría y caridad. Que aprendamos a vivir en el amor, con humildad y paciencia. Quiere que seamos fieles en el amor que Dios ha sembrado en nuestras vidas, en los detalles, cada día. **Y nos pide que nos respetemos siempre y nos demos por entero, sin medir lo que es justo.**

⁷ Benedicto XVI, “La infancia de Jesús”, 40. 43

⁸ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 83

